

Querida hija

Paula Bonet ha realizado una travesía desde el dolor y la pérdida hasta llegar a la luz.

Marga Perera

Foto: Raúl Marín

En la obra de Paula Bonet (Vila-Real, 1980) texto e imagen forman un todo. En 2021 publicó su novela más reciente, *La anguila*, y ese mismo año expuso en Valencia las pinturas daban cuerpo a su libro. Ahora, presenta en el Museu Can Framis de la Fundació Vila Casas de Barcelona una revisión desde la distancia de estos tres años durante los cuales Bonet se metamorfosea en anguila, ese animal que muta para adaptarse al medio y sobrevivir. Su obra gira en torno al abuso, la violencia, el dolor, la pérdida, para llegar a la luz. Como escribe en el catálogo «... el cuerpo que fue abusado y violentado a través del sexo siente placer al tomar conciencia de sí mismo, por eso se erige en centro del relato. Miro, reflexiono y resignifico. Recupero los pinceles, la figuración y el deseo, y el relato muta conmigo. Mi cuerpo -sanguíneo, deseoso, poderoso por el simple hecho de existir- lleva en las telas todo lo necesario

para mostrar, en estas paredes, el relato completo. No quiero desaparecer en mi pintura. Me encamino serena hacia la siguiente mutación».

¿Cómo fue su primer contacto con el arte? Creo que siempre ha estado presente en mi vida; tuve la suerte de tener el apoyo familiar que, viendo mis inquietudes, me apuntaban en academias. Recuerdo que de niña ocupaba toda la mesa del comedor pintando y a nadie le preocupaba que pudiera manchar los muebles. Hasta muchos años después no supe que mi bisabuelo había estudiado Bellas Artes y que tenía mucha habilidad para la talla, pero la guerra truncó su carrera y se dedicó a la industria del mueble; mi familia tenía una tienda de muebles muy grande en Vila-real, donde había pinturas y esculturas. La *Gioconda* y el *Guernica* me producían cierto desasosiego, empecé a relacionarme con el arte a través de reproducciones de grandes obras de arte. Más adelante, ver el *Guernica* al natural me impresionó enormemente y entendí muchas cosas porque no tenía nada que ver con las reproducciones que yo había visto de niña. Decidir matricularme en Bellas Artes podría haberse visto como una pulsión, pero en realidad fue algo muy profundo.

Háblenos de la exposición Lo que la hace interesante es que es una revisión de la anterior y su relación con mi novela homónima, que es un viaje dantesco del infierno al paraíso, tratando diversos tipos de violencia, alguno de ellos muy próximo a mí; después de haber estado tanto tiempo escribiendo, quise reflexionar antes de pintar y en esta intención primera, quería explicar estas violencias en tres actos. La primera parte, que es el infierno, una parte muy oscura, trata las violencias obstétricas con el mandato social de las maternidades, tratando a las mujeres embarazadas como si estuvieran enfermas, además de las malformaciones, y la pregunta de por qué pasa todo eso. Es un tema muy complejo y yo quería abordar el hecho de que vivimos en un sistema en que nos falta información. Cuando yo me enfrenté a las malformaciones gestacionales y a los abortos involuntarios me di cuenta de que había información de la que no disponía porque el contexto nos aboca a ser seres desinformados y, por tanto, sin acceso al poder. Esta primera parte quise abordarla, a propósito de las malformaciones, deformando mi pintura. Tengo una manera de pintar muy académica y, aun-

“La Madriguera es un taller de grabado y pintura para mujeres de todas las edades”, explica Bonet. “También trabajamos la palabra y para ello contamos con las voces de autoras consagradas como Marta Sanz, Brenda Navarro o Nell Leyshon. En La Madriguera, tenemos muy presente la figura de Roser Bru, autora catalana, exiliada a los 14 años, poco conocida en España pero Premio Nacional en Chile, gran referente en la técnica del grabado. Durante este mes de octubre, varias alumnas seleccionadas por mí estarán en el taller trabajando en proyectos personales a partir de la obra de Roser Bru. Vienen de Perú, Argentina, Uruguay, Colombia y Chile, y su búsqueda se expondrá en octubre en la galería de La Madriguera. La obra resultante de dicha experiencia podrá verse en el Museu d'Art de Girona con motivo de la exposición del centenario de Roser Bru. Una de las cosas que más me satisface de La Madriguera es que, mientras se forman, algunas alumnas, haciendo un grabado o una pintura, han sido capaces de afrontar experiencias que tenían escondidas y han tenido la valentía de decir “a mí también me ha pasado” y así han podido hacer su proceso. No hacemos pornografía emocional, somos autoras, y nuestra experiencia es material que usamos para construir nuestras obras. No hay que tener miedo ni vergüenza de haber sido víctima de algún abuso. Es el victimario quien debe avergonzarse.”





Júlia

que puedo liberarme del control, hay una parte de estructura que no abandono nunca, pero quise hacer desaparecer el ego y la formación académica y que el argumento de mi obra fuese la propia pintura.

¿Deformación de la pintura como metáfora? La primera parte de la exposición aborda las malformaciones que acabamos de citar; quería llegar a amar la deformidad y encontrar alivio pintando sin respeto por la técnica, deformando la mancha con un pincel. En la segunda parte, que trata de las violencias, como acoso, manipulación, violación o abuso de poder, mi intención inicial de querer desaparecer en la obra, que me parece muy poética, ocurre en el paso de las pinturas oscuras a la luz. Esta etapa la he pintado con las manos sintiendo que la tela era como el cuerpo, pensando que estaba trabajando en una pintura muy abstracta y que nadie reconocería el referente; era como una manera de destruir la pintura porque sentía que para poder recuperar mi espacio más puro y privado tenía que fulminar, de una manera controlada, una manera de hacer que me habían impuesto, y en esta fase no respetaba ninguna norma técnica académica. La tercera parte, que es la que puede vincularse con la redención, era la más compleja de resolver, ¿cómo se pinta la luz más cegadora? Al querer borrar tanto la pintura, quedó totalmente blanca sin rastro de autoría. Cuando la pintura se confundía con la pared sentí que mi obje-

tivo estaba resuelto y seguí pintando. Después de todo este proceso de liberación me he dado cuenta de que pintar es otra cosa y he recuperado la figuración, la materia y el placer de ser fiel a los procedimientos plásticos; la revisión para mí ha sido un despertar y un reencuentro.

¿Cómo nació su taller La Madriguera? A los 20 años llegué a Chile en una huida; estaba en la Facultad de Bellas Artes en Valencia y pedí una beca de intercambio con la Universidad más lejana con la que tuvieran convenio, que resultó ser la Católica de Santiago de Chile. Cruzé el Atlántico en un momento en el que no había teléfonos móviles inteligentes y en el que para mandar emails había que hacer largas colas en la Facultad, gracias a ello pude aislarme. Allí conocí personas muy buenas, entendí cosas reveladoras, como el realismo mágico no como construcción intelectual sino como manera de ver el mundo o la necesidad de construir la soledad propia, y llegué a Taller 99, donde encontré muchas mujeres que me hacían de madre en la pasión por el arte; conocí a Roser Bru, Isabel Cauas, algunos exiliados, y vi que el arte tam-

bién se puede trabajar desde lo colectivo. En los primeros años, Taller 99 y el grabado fueron para mí un refugio, por mi experiencia personal vinculaba la pintura con la violencia, por eso tardé tanto en permitirme pintar y encontré una salida en el grabado.

Su obra investiga los distintos tipos de violencia

¿Cómo conecta sus facetas como escritora y pintora? Cuando empecé en el mundo literario siempre acompañaba mis libros con imágenes porque pensaba que era lo que acababa de dar poder, estructura y sentido al texto. En relación con *La anguila*, me interesa mucho la literatura de escritoras como Dacia Maraini, que hace

pocos años publicó *Cuerpo feliz*, tratando de la experiencia de un hijo muerto en el parto, y Anna Starobinets, con su libro autobiográfico *Tienes que mirar*; son autoras que tratan de traumas silenciados y me han interesado mucho; una, rusa de 45 años, aborda sus experiencias desde el dolor y la rabia contra el sistema sanitario ruso, y Maraini de 87 años, ha tardado más de 40 en hablar de la pérdida de su hijo, desde todos estos años de calma, pausa y revisión, como un alegato feminista. Me ha gustado comparar estas autoras y es lo que yo he querido hacer con la única pintura de la exposición que tiene título, *Júlia*, que representa a aquella niña que no pudo nacer y que ahora tendría ocho años.

¿Qué significa ser Amigo?

Colabora, contribuye,
forma parte del Museo del Prado



Fundación Amigos Museo del Prado
www.amigosmuseoprado.org

Antonio Joli, *Visita de la reina María Amalia de Sajonia al arco de Trajano en Benevento (detalle)*, hacia 1759
© Museo Nacional del Prado. Donación de la Fundación Amigos del Museo del Prado, 2011